



Frente a la tragedia venezolana ¿Qué hacemos?

Eduardo Fernández*

La concepción de una alternativa democrática capaz de condensar en un mismo proyecto nacional las necesidades de la población venezolana frente a la emergencia humanitaria compleja, hoy parece más que preciso. Sin embargo, la articulación de propuestas es necesaria para responder no solo al qué, sino también al cómo frente a la tragedia venezolana que nos empuja a un retroceso significativo en todos los aspectos de la vida pública

Ha sido muy duro para Venezuela y para todos los venezolanos este comienzo del siglo XXI. Son veinte años en los que hemos visto y padecido la destrucción del país. Es muy recordada la frase de Mariano Picón Salas, según la cual, Venezuela tuvo que esperar hasta diciembre de 1935, fecha en la que murió el dictador Juan Vicente Gómez, para entrar en el siglo XX. No sé cuánto tendremos que esperar los venezolanos de este tiempo para entrar en el siglo XXI. En muchos aspectos, las últimas dos décadas han representado un retroceso al siglo XIX: autoritarismo, caudillismo, militarismo, centralismo, arbitrariedad. Todo lo que caracterizaba la vida pública venezolana en el siglo XIX.

Hemos visto desaparecer la arquitectura institucional del Estado democrático, que con tanto esfuerzo se construyó en la segunda mitad del siglo pasado. Hemos visto desaparecer la economía venezolana víctima de la recesión y de la inflación, provocadas por políticas equivocadas del Gobierno y agravadas por las llamadas sanciones internacionales.

También hemos visto aumentar la pobreza escandalosamente, el hambre, la miseria, el desempleo. Hemos visto colapsar los servicios públicos: agua, gasolina, electricidad, gas natural, seguridad, educación, salud, teléfonos y comunicaciones, vialidad... Hemos visto

triunfar la corrupción hasta niveles sin precedentes en la historia de Venezuela, lo cual es mucho decir. El robo descarado de los dineros públicos, el enriquecimiento grosero de figuras vinculadas con el alto Gobierno y la irrupción en gran escala de negocios tan abominables como el tráfico de drogas.

Hemos visto un régimen que viola la Constitución, el Estado de derecho y los derechos humanos como lo ha señalado, una y otra vez, la alta comisionada de las Naciones Unidas. Hemos visto la degradación, partidización y politización de la Fuerza Armada Nacional y de todos los órganos del Poder Público, incluyendo, dolorosamente, la administración de justicia y el más alto tribunal de la República.

En apenas veinte años, dejamos de ser un país productor y exportador de petróleo. Hemos visto la desaparición de Pdvsa y de las industrias básicas de Guayana y de los parques industriales de Valencia, Barquisimeto, Maracay. Bodegones y casinos es lo único que presenta el régimen como realización del "socialismo del siglo XXI", mientras desaparece nuestro signo monetario, el bolívar, e irrumpe el dólar norteamericano como moneda de curso común.

Lo que ha ocurrido en Venezuela en estas dos décadas que han transcurrido del siglo XXI es un cataclismo difícil de entender. Como si fuera poco, el régimen ha logrado aislarnos de la comunidad internacional y entrar en conflicto con países tradicionalmente amigos de Venezuela, con los cuales hemos mantenido relaciones de intercambio económico, comercial y cultural durante muchos años.

Con dolor estamos viendo crecer una generación de venezolanos desnutridos, sin atención sanitaria, sin educación, sin perspectivas, sin futuro, y hemos contem-

plado la tragedia de la diáspora. Millones de venezolanos abandonando su país, sus familias, sus querencias, para lanzarse a la aventura del exilio en búsqueda de oportunidades que su propio país les niega. Venezuela, un país tradicionalmente de inmigración, porque éramos una tierra de promisión, se ha convertido en un país de emigración, de gente venezolana que se marcha desesperada en la búsqueda de mejores horizontes.

Podríamos todavía mencionar muchos otros aspectos de la tragedia venezolana. Quiero aprovechar, sin embargo, el espacio para reflexionar alrededor de una pregunta fundamental: ¿Cómo hacemos para salir de esto?

Son muchos los esfuerzos que se han hecho. Algunos de ellos contraproducentes, muchos heroicos. Se han ensayado, hasta ahora, el debate público, las manifestaciones populares, las protestas estudiantiles, de trabajadores, de todos los ciudadanos. La ruta electoral, la apelación a la fuerza armada interna y a la intervención de la comunidad internacional. Todo ha sido inútil. Los jefes del régimen se empeñan en perpetuarse en el poder, indiferentes al sufrimiento de la gente, a conciencia del enorme daño que han causado y siguen causando al interés nacional y a cada una de las familias venezolanas.

Aquí surge la pregunta obligada y angustiosa: ¿Qué hacemos?

Tenemos que reconocer que los adversarios del régimen hemos fallado en una tarea fundamental: no hemos sido capaces de construir una "alternativa democrática" seria, confiable e incluyente. Se trata de promover una fuerza que coloque el interés nacional por encima de las agendas partidistas, de las ambiciones personales o de los deseos de protagonismo individual. Se trata de la unión de los venezolanos alrededor de un proyecto compartido. No se trata de buscar un caudillo civil o militar que aparezca como salvador de la patria. Tampoco se trata de un partido político o de una federación de partidos, desgraciadamente cada día menos representativos. Se trata de convocar la unión de los venezolanos alrededor de un proyecto compartido, que en buena medida ya está consagrado en el texto de la Constitución nacional vigente.

El mensaje de la alternativa democrática tiene que ser una propuesta seria, esperanzadora, ilusionante. No basta con decir: ¡Maduro vete ya! Ese propósito es necesario, pero no suficiente. Hay que marcar el rumbo de la patria buena que nos proponemos construir entre todos.

Lo que está en juego es un altísimo interés nacional. Salir de la tragedia y construir un proyecto compartido, en el cual no importa el papel que cada quien va a cumplir, mientras todos tengamos el interés superior de la patria como meta y estemos dispuestos a trabajar unidos para alcanzarlo. Esto tiene que darse como resultado de una convocatoria amplia a la unión de todos los venezolanos.

El proyecto nacional puede ser enunciado en términos muy sencillos. Apenas cinco puntos que fácil-



RONALDO SCHEMIDT / AFP

mente pueden interpretar un anhelo unánime de los venezolanos:

1. **El tema político.** Sustituir la cultura de la polarización, del odio, de la confrontación sistemática, de la guerra civil no declarada, por una cultura de la cooperación y de la búsqueda del bien común, del servicio al interés superior de los venezolanos. Restablecer la democracia. Respetar la Constitución nacional y el Estado de derecho. Y la autonomía e independencia de las ramas del Poder Público. Profundizar la descentralización. Respetar los derechos humanos. Recuperar el carácter apolítico, profesional y no deliberante de la Fuerza Armada Nacional.
2. **El tema económico.** Recuperar la economía. Acabar con la recesión y con la inflación. Promover inversiones públicas y privadas, nacionales e internacionales. Estimular al sector privado para que produzca los bienes y servicios que requerimos y para que genere riquezas para todos y empleo para todos. Respeto a la propiedad privada y a las reglas del juego de una economía de mercado. Erradicación de los controles artificiales de la economía. Diversificación. Promoción de las exportaciones.
3. **El tema social.** Abordar con seriedad el problema de la pobreza que afecta a la mayoría del pueblo venezolano. Asimismo, el problema del hambre, de la desnutrición, de la miseria y de la marginalidad. Hay ejemplos exitosos en el mundo que pueden inspirarnos en la lucha para superar la pobreza.
4. **El tema de los servicios públicos.** Garantizar servicios públicos modernos y eficientes. Agua, electricidad, seguridad, transporte, educación, salud, gas natural, etc. Esto tiene mucho que ver con la calidad de vida de las personas, pero, además, es que sin la garantía de esos servicios, no será posible la recuperación económica del país.
5. **El tema ético.** Asumir un compromiso de lucha frontal contra la corrupción y el despilfarro de recursos. Para hacer posible un proyecto de esta naturaleza se requiere un gobierno que cuente con la confianza de la opinión nacional y con el respaldo de la comunidad internacional, especialmente de los organismos financieros internacionales, como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, la Corporación Andina de Fomento, el Banco Interamericano de Desarrollo, etc. Para hacer realidad este proyecto se requiere un gobierno de amplitud, de unidad nacional y de inclusión. Mantener la cultura de la polarización, de la confrontación, del odio y de la división de los venezolanos entre buenos y malos hijos de la patria haría imposible alcanzar las metas que se proponen.

Además de un proyecto nacional serio, atractivo e incluyente, la alternativa democrática requiere una organización moderna y eficiente. Una organización que debe estar presente en toda la geografía física de Venezuela, pero también, en todos los sectores sociales de la

población. Una organización que tendría tres propósitos: divulgar el proyecto nacional para hacerlo conocer por todos los ciudadanos, movilizar a los electores cada vez que se presente una coyuntura electoral y asegurar la fiscalización de las urnas para evitar las trampas que pudieran intentarse en los procesos electorales.

Todo esto supone, desde luego, que ya nos hemos convencido de que las soluciones violentas, golpes militares o invasiones extranjeras, ni son probables ni son deseables. La solución de nuestra crisis, para que sea posible y efectiva, tiene que ser una solución pacífica, democrática, consensuada y electoral. De lo contrario, no será solución.

La alternativa democrática tiene la obligación de conjugar tres verbos: ganar, cobrar y gobernar. Hay que ganar el respaldo de una determinante mayoría de los ciudadanos. Hay que lograr una transición pacífica del poder y hay que tener en cuenta que gobernar, después de este desastre, no será tarea fácil y requerirá mucha inteligencia y mucho amor por el país y por su progreso.

Además del mensaje serio, atractivo e incluyente y además de la organización moderna y eficiente, la alternativa democrática requiere una estrategia inteligente. Asumir la ruta electoral con todas sus consecuencias. No es afortunada la frase según la cual: "todas las opciones están sobre la mesa", hay que escoger una, y esa no puede ser otra que la ruta electoral. No hay otra.

A conciencia de las dificultades que habrá que enfrentar. A conciencia de que no están dadas las condiciones para una elección transparente y ejemplar. A pesar de saber que enfrentamos a un adversario tramposo y sin escrúpulos. Cuando se tiene un potencial electoral superior al 80 % de los ciudadanos, unidos alrededor de un proyecto compartido, no hay manera de impedir que esa mayoría prevalezca.

Finalmente, el triunfo de la alternativa democrática supone trabajo, mucho trabajo, cercanía con la gente, compartir sus sufrimientos y sus esperanzas y poner de manifiesto un inmenso amor por Venezuela y por los venezolanos.

*Abogado y político venezolano. Candidato para las elecciones presidenciales de Venezuela de 1988.